

las que tenemos historias dignas de todo asenso (a).

Mas sea de esto lo que fuere, quien lea con reflexion los escritos apostólicos no podrá poner en duda que el Doctor de las Naciones, despues de su viage de Roma,

(a) Tampoco dice aqui nada el autor acerca de los discípulos de los Apóstoles que predicaron en España: habremos pues de suplir este silencio, dando sobre este particular algunos pormenores.

Despues que los siete primeros discípulos de Santiago dieron gloriosa sepultura á nuestro santo Apóstol, determinaron salir de España á buscar al Príncipe de los Apóstoles, para darle cuenta de todo lo sucedido en España y de los frutos que en ella iba recogiendo el Evangelio. Pasaron efectivamente á Roma el año 59 de Jesucristo, y fueron recibidos con la mayor alegría por los dos Apóstoles San Pedro y San Pablo que á la sazón se hallaban ya en aquella capital, el primero por haber revocado Domicio Neron los decretos de su antecesor Claudio, permitiendo se acercadasen en ella los judíos, y San Pablo por haber ido allí preso desde Jerusalem. Los discípulos les informaron del estado en que se hallaba la Iglesia de España, y pidieron á San Pablo que como tenia ofrecido en sus cartas viniera á predicar en ella.

Consagrados de obispos para que pudieran mejor y con mas dignidad trabajar en la propagacion del Evangelio, y despues de haber tratado con los dos Apóstoles el modo de propagar por toda España la verdadera fé, se embarcaron y atravesando el Mediterraneo llegaron á la Península, trayendo el orden y oficio, así de la misa como de los Sacramentos, que el Apóstol San Pedro dió á la Iglesia de Roma. Este oficio, como advierte Estrabon Fuldense (Lib. de Offic. Innocent. I. Epist. ad Decent., t. I), fué muy corto al principio; pero despues se fué aumentando en España por los santos obispos y sus sucesores hasta San Leandro y San Isidoro que le dieron la última mano. Este oficio es el que despues fué llamado Muzárabe ó Mozárabe, acerca del cual, de su institucion de cómo los hereges lo corrompieron, de su estincion, subrogado el rito romano, del tiempo en que acaeció esta mudanza y alborotos que sucedieron con este motivo, de su formal restauracion en Toledo por el cardenal Cisneros etc., puede verse al P. Florez (tom. III, Disert. histor. cronol.) y al cardenal Bona (lib. I, cap. 11 rerum liturg.) con las notas y comentarios del P. D. Roberto Sala.

Volviendo á nuestros siete varones apostólicos enviados por los Apóstoles S. Pedro y San Pablo, pretende Fleury que antes del siglo IX no se halla monumento alguno en que se apoye esta mision; pero esto es un error, pues la hallamos autorizada en primer lugar en el himno del Breviario Muzárabe donde se pone espresamente la venida de estos siete apostólicos como enviados por los Apóstoles:

*Misus Hesperiae quos ab Apostolis  
Adsignat fidei prisca relatio.*

Tambien el Códice antiguo de Concilios, llamado *Emilianense*, que contiene la misa apostólica y de los siete varones de que hablamos, y se conservaba en el monasterio del Escorial (fol. 395, B.) dice que estos siete apostólicos fueron ordenados en Roma por San Pedro y San Pablo y

tornó al Asia y aun á Judea. Principió pues por cumplir la promesa que hizo á los hebreos de pasar á visitarlos, y desde allí recorrió las iglesias del Asia menor, Antioquia de Pisidia, Iconio, Listra, Éfeso, Mile-

enviados á predicar á España. Este documento se escribió á fines del siglo VII. Lo mismo se encuentra en los Breviarios antiguos de las iglesias de España: el de Toledo, el de Evora, el de Sevilla, el de Burgos corregido, el de Avila, el de Granada, el de Córdoba y otros convienen en que los dos Apóstoles los ordenaron de obispos en Roma. Finalmente, el Martirologio antiguo romano y el que hoy usamos dicen así: *Romæ a Sanctis Apostolis Episcopi ordinati, et ad prædicandum Dei verbum in Hispanias directi sunt.*

No está tan averiguado el tiempo en que estos varones apostólicos vinieron á España, consagrados ya obispos. Algunos eruditos creen no puede ser antes del año 62 de la Era vulgar cristiana, porque debiendo haberse verificado esto cuando se hallasen juntos en Roma San Pedro y San Pablo, opinan no lo estuvieron hasta pocos años antes de su martirio; pero es mas probable que esta venida de los siete apostólicos se efectuase el año 59, pues el 58 se hallaban ya juntos en Roma los dos mencionados apóstoles como se deduce de los motivos que hubo para esta concurrencia, cuales eran el excesivo apego que los juíos convertidos mostraban á las ceremonias legales, á pesar de lo ya decretado en el Concilio de Jerusalem. Nuestro Ferreras pone tambien esta mision de los santos obispos en el año 57, porque discuerda en dos años de la cronología de Baronio: hé aquí sus palabras que comprueba con muchos y graves testimonios: "Habiendo vuelto á Roma el Apóstol San Pedro, levantado ya el edicto de Claudio, y habiendo llegado á ella preso desde Jerusalem el Apóstol San Pablo, noticiosos de esto los discípulos del Apóstol Santiago, San Torcuato, San Tesifonte, San Segundo, San Indalecio, San Cecilio, San Esiquio y San Eufrasio, fueron á Roma á ver á los Santos Apóstoles y darles cuenta de lo que habian trabajado en la publicacion del Evangelio; á los cuales recibieron alegres los Santos Apóstoles, y en consideracion de lo que refirieron y trabajaron, los consagraron obispos, enviándolos otra vez á nuestra provincia, para que continuasen en dar á conocer á los españoles el nombre de Cristo."

Mientras estos santos desempeñaban el ministerio que les habian encargado los Apóstoles y conferenciaban con los demas obispos apostólicos sobre el modo de plantar y radicar la Iglesia en España, el Apóstol de las gentes, libre ya de la prision, cumplió la promesa que habia hecho de visitar nuestra patria, segun ya hemos dicho. Así, pues, el Apóstol con estos Santos y otros así discípulos de Santiago como suyos, cuya memoria ha borrado el tiempo, acabó de fundar la Iglesia en España, poniendo en práctica la doctrina celestial que habia observado en sus hechos y enseñado en sus cartas, en las cuales puede decirse se encuentra una planta perfecta de la Gerarquía eclesiástica.—La Bética y sus contornos fueron los puntos principales que escogieron esos siete sagrados mensajeros para ejercer su ministerio, tal vez porque como provincia cedida por Octaviano Augusto al Senado y Pue-

to y Troade, y las de Filipos y Nicópolis en Macedonia. Penetró tambien en países que le eran absolutamente desconocidos; fundó nuevas iglesias, y padeció nuevamente persecuciones, violencias, asechanzas y todo género de penalidades, debilitándose es-

blo romano, y por otra parte la mas pacífica por haber sido la mas aficionada á las letras, era muy propia para zanjarse bien la fé y estaba menos expuesta al furor de los ministros imperiales residentes en la provincia Tarraconense y la Lusitania. Es de creer, por tanto, que dichos Santos no se repartiesen por lo interior de nuestras provincias, ni escogiesen dentro de la misma Bética las ciudades mas principales como Sevilla, Córdoba, etc., ni en la parte meridional de la Tarraconense se dirigiesen á Cartagena, Toledo, etc., porque estos eran cabalmente los parages mas frecuentados de los pretores, y los siete apostólicos no se propondrían dar la vida por Jesucristo inmediatamente que llegaran á España, sino ir antes introduciendo suavemente el Evangelio por muchas partes, y criando pastores á fin de que fuese radicado y estendiéndose el Evangelio para despues, si fuese necesario, regarle con su sangre, como efectivamente le regaron.

Las sillas episcopales que fundaron, fueron: San Torcuato la de Acci, hoy Guadix; Indalecio la de Urci, Baza, ó Almería; Ctesifonte la de Vérgi, Berja en las Alpujarras; Eufrasio la de Biturgi, Andújar, en cuya catedralidad sucedió Baeza; Cecilio la de Iliberi, Granada; Esiquio la de Carteya, Cazorla, ó Tarifa, ó Algeciras; y Segundo la de Abula, hoy Avila. A propósito añadiremos que ademas de estas Sillas Episcopales se cuentan por de igual antigüedad las de Toledo, Astorga, Sevilla, Braga, Eceja, Zaragoza, Pamplona y otras; lo cual nos hace admirar el beneficio incomparable de la Providencia del Señor, que introdujo en España por todas partes y tan abundantemente la luz de la verdadera Religion; beneficio tanto mayor cuanto mas antigua es la época en que se verificó, pues considerada atentamente, se deja ver no hay pueblo en la Europa, exceptuando el de Roma, que pueda competir con la nacion española en la antigüedad del cristianismo.

Volviendo á los siete Apostólicos, añadiremos fué muy abundante el fruto de sus tareas, pues solo en Guadix, que fué el primer pueblo de su predicacion, fueron muchos los que corrieron á abrazar la fé, segun aparece de los siguientes versos del himno Muzárabe:

*Plebs hic continuo pervolat ad fidem  
Et fit catholicæ dogmate multiplex.*

Con razon pues se atribuye á ellos el haber destruido en España la idolatría, y de ellos se conserva especial memoria en nuestra patria. De San Torcuato, ademas de la iglesia de Guadix, tiene Toledo iglesia parroquial bajo su advocacion; y del nombre del Santo, aunque con alguna corrupcion, se llama el lugar de San Torcaz: su cuerpo se veneraba en Galicia, en el monasterio de monges de San Benito de Celanova. De San Segundo se tiene por cierto que su cuerpo está en Avila. Tambien en Granada hay una iglesia parroquial de San Cecilio. En Aragon se venera á San Indalecio y se dice que su cuerpo estaba en el monasterio de San

tremadamente su salud, y cayendo en una especie de decrepitud, causada mas por el esceso de sus fatigas que por la edad, pues apenas rayaba en los sesenta años. Dice San Anastasio que el Apóstol supo, por una revelacion positiva, que sufriria el martirio luego que volviese á Roma; y que en vez de amedrantarle este aviso, se apresuró aquella grande alma á regresar á la nueva Babilonia que habia de bañarse pronto con la sangre de los Santos. Entonces se encontró en Roma con el Príncipe de los Apóstoles, el cual no residia allí continuamente aun despues de haber trasladado á aquella capital del mundo la Cátedra Apostólica.

La solicitud de todas las iglesias en estos primeros tiempos, en que su régimen no podia ser tan estable como lo veremos luego, hacia necesaria en muchas partes la presencia del Vicario de Jesucristo. Y así

Juan de la Peña, y la iglesia de Burgos celebra fiesta el último dia de abril por haber sido trasladadas en él á aquella iglesia parte de sus reliquias. De San Eufrasio hay memoria de que, en tiempo de los godos y reinando Sisebuto, se edificó en Andújar una iglesia bajo su advocacion; su cuerpo se conserva en Galicia, no lejos del monasterio de Samos (de benedictinos), en el cual habia tambien reliquias y una capilla dedicada al mismo Santo.—Por último, sobre si los siete apostólicos fueron mártires ó confesores, háse suscitado alguna dificultad, porque en los documentos antiguos se aplica alguna vez á estos Santos el dictado de *confesores*. Pero esta dificultad puede muy bien resolverse, y tanto mas cuanto mas antiguos sean esos documentos, teniendo en cuenta que en los primeros siglos era comun usar indistintamente de estos dos títulos, y llamar *confesores* los latinos á los que los griegos llamaban *mártires*, pues esta última palabra no significa en su origen otra cosa que atestiguar ó confesar. Así, pues, todo corrobora el concepto de mártires bajo el cual los veneramos.

Terminaremos esta nota, ya demasiado larga, añadiendo que ademas de los siete varones apostólicos de que hemos hablado, se halla tambien á San Geroncio ó Geruncio, obispo de la ciudad de Itálica junto á Sevilla, cuya memoria se encuentra en el Breviario Muzárabe, en el Martirologio Romano y otros. El Breviario de Evora hace mencion de San Mancio como primer obispo suyo y mártir. El de Pamplona la hace de San Saturnino que entre otros muchos convirtió á San Fermin. Y dicen algunos que así San Saturnino como San Mancio y San Geroncio fueron enviados por San Pedro. (N. del E.)



es evidente que despues que San Pedro trasladó á Roma la Santa Sede, hizo diversos viages al Oriente y aun hasta la Palestina. Por los libros sagrados nos consta que concurrió al Concilio de Jerusalem posterior á esta traslacion, y tambien aseguran respetables autores que pasó á Judea para elegir y ordenar á San Simeon, obispo de Jerusalem, despues del martirio de Santiago (v).

(a) Igual silencio que sobre la venida de Santiago y San Pablo á nuestra patria, guarda nuestro autor y el Rohrbacher acerca de la del Príncipe de los Apóstoles, San Pedro. Sin embargo, conservase por tradicion que tambien el Gefe del colegio apostolico honró con su presencia nuestra patria y la ilustró con su predicacion y ejemplo.

Sin aducir en prueba de ello lo que podriamos alegar si entráramos á examinar el origen de tantas controversias suscitadas entre los metropolitanos sobre la primacia de sus iglesias; y sin discutir tampoco si el motivo de esta venida fué la de haber venido á Tarragona Simon Mago, despues de haberse visto desacreditado en Roma, y no querer San Pedro propagase aquí sus errores y embustes; diremos que siendo entonces la España una de las provincias mas florecientes del imperio romano, ó mas bien, la que le mantenía con sus riquezas y ayudaba con sus fuerzas terrestres y maritimas, no parece creíble dejara San Pedro de pasar desde Roma á España, tanto mas cuanto que entonces sobresalian sus habitantes entre todas las naciones que componian el imperio, pues entre otros se distingian á la sazón Columela, Séneca, su hermano, Galion próconsul de Acaja, Pomponio Mela, Apuleyo Diocles, y otros varios que así en España como en todo el imperio ocupaban los principales cargos y empleos.

Esta tradicion se hizo opinion común de nuestros escritores despues que se publicaron las obras de Lipomano y Surio. Una de las memorias que tenemos de la venida del gefe de los Apóstoles es la autoridad de Metafraste, autor griego, el cual despues de referir la peregrinacion de San Pedro hasta Roma, prosigue diciendo: "desde Roma pasó á Terracina, y habiendo ordenado allí por obispo á Epafródito, vino á Sirmio, ciudad de España, donde puso por obispo á Epeneto, y de allí pasó á Cartago de Africa." Es de notar: 1.º que segun el autor de las *Antigüedades eclesiásticas* de España en los cuatro primeros siglos de la Iglesia, en el testo griego, en vez de *Terracina*, se lee *Tarragona*; y *Tarragona* leyeron tambien Bivar, Tamayo y otros: 2.º que aunque Sirmio parece ser ciudad desconocida en España, no hay duda en que hubo en esta la ciudad de Sermio, pues de ella habla Ptolomeo en las tablas de la Bética; y pudo muy bien suceder que traduciendo al Metafraste se pusiese Sirmio por el Sermio (lo cual es muy fácil), que era ciudad marítima situada en el antiguo reino de Granada.

El cardenal Baronio duda sobre este punto, porque dice que Metafraste no cita autor, ni tradicion, ni monumento en que apoye su dicho, ni escribió con orden ni cronología fijas; y finalmente, porque San

De regreso á Roma tuvo revelacion de que en breve sufriria la muerte del modo que el Señor se lo anunció antes de subirse á los cielos.

Para transmitir por escrito á la porcion de los fieles mas difícil de gobernar el epitome de las lecciones que habian aprendido de su boca, aprovechóse del poco tiempo que le quedaba de vida. Este es el objeto de la segunda carta del Príncipe de los Apóstoles, dirigida como la primera á los cristianos de la circuncision que estaban dispersos en el Asia, en el Ponto, en Capadocia y en las provincias contiguas (a). Se esfuerza con especialidad en esta carta en confirmar en la fé á los israelitas convertidos, recordándoles que muchos de ellos habian sido testigos oculares de los milagros y triunfo glorioso del Señor. Les amonesta se precavan de las falsas doctrinas que empezaban á divulgarse, y que preveia tomarian un curso mas rápido luego que los seductores se viesen libres de la presencia

Inocencio y San Agapito Papas, mas antiguos que Metafraste, dicen que San Pedro fundó las iglesias de Italia, España, Africa, Sicilia é islas adyacentes por medio de sus discípulos. Pero déjase conocer que esto último en nada se opone á que el mismo Santo Apóstol viniese en persona á España como asegura Metafraste; y en cuanto á lo que de este autor dice Baronio, fácil es contestar que los escritores antiguos no acostumbraban citar las fuentes de donde tomaban los sucesos, ni los fundamentos que tenían para escribirlos; por otra parte, el mismo Baronio refiere que San Pedro predicó en Inglaterra, aduciendo por prueba la autoridad del mismo Metafraste, el cual tampoco aducia documento con que comprobarlo. Si pues Baronio admite el testimonio de Metafraste tratándose de la predicacion de San Pedro á los ingleses, no hay razon para que le deseche cuando asegura su venida á España. Fuera de que si predicó San Pablo á los britanos, mucho mas creíble es predicase en España que estaba mas cerca y era una de las provincias mas ricas y dilatadas del imperio romano.

(a) Es indudable que San Pedro escribió su primera carta á los judíos residentes fuera de su patria; mas de esta segunda no puede decirse lo mismo; porque diciéndose al principio de ella: "á los que han alcanzado igual fé con nosotros por la justicia del Dios y Salvador nuestro Jesucristo," parece que no á los fieles de la circuncision solamente, sino á todos los cristianos dirigió el Padre común esta su carta, la cual puede mirarse como su testamento escrito en el último año de su vida.

(N. del E.)

imponente de los Apóstoles; elogia las cartas de San Pablo, y previene que en ellas hay pasages oscuros y difíciles de los cuales hacian un abuso criminal los ignorantes. Se ha querido dudar que esta carta sea de San Pedro, porque el estilo parece distinto del de la primera; pero aun suponiendo esta variedad de estilo, que la mayor parte de los críticos no advierte, ¿no podría esta provenir de que Marcos, intérprete ordinario del Príncipe de los Apóstoles, no se hallase á la sazón en su compañía? Así pues, esta débil sospecha no ha alterado el respeto de la Iglesia á un escrito digno verdaderamente de su autor, y colocado con la distincion que le es debida en el Cónon de las divinas Escrituras.

Atribúyense tambien á San Pedro algunas profecias que dió á luz de acuerdo con San Pablo, poco antes del martirio que sufrieron juntos. Estos dos Apóstoles, instruidos por el mismo Jesucristo, predijeron (1) que los judíos iban á ser castigados por su ceguedad voluntaria; que Dios les preparaba un soberano que los subyugaria á fuerza de armas, y dejaria la ciudad sepultada entre ruinas, reduciéndolos á tal estrechura que se comerian los unos á los otros; que los que sobreviviesen serian empleados en los mismos usos que las bestias de carga; que sufririan el dolor de ver despedazados á sus tiernos hijos y prostituídas públicamente sus mugeres; y por fin, que todo su pais seria talado á sangre y fuego. Estas terribles predicciones quedaron por escrito en Roma, y fueron comunicadas á los fieles de Jerusalem, á los cuales les sirvieron de recuerdo para que abandonasen con tiempo aquella ciudad detestable.

Despues de hechas estas advertencias, parecia que los Santos Apóstoles habian cumplido el objeto de su mision; pero estas

dos grandes columnas de la Iglesia mostraron al concluir su carrera un celo mas ardiente. Atrevióse San Pedro á predicar, no solo la equidad y moderacion, sino tambien la piedad, la penitencia y la castidad austera á los esclavos ó aduladores del mas impuro y sanguinario de todos los Césares (1); y habiéndose introducido San Pablo en el mismo palacio de Neron, convirtió á uno de sus principales domésticos y persuadió á una de sus concubinas á que abrazase la fé y con ella las estrechas reglas de la pureza que la fé prescribe.

Estas noticias llegaron al tirano, el cual hizo aherrojar al Apóstol en un calabozo, y con tantas muestras de indignacion que entre todos los fieles ó admiradores suyos que tenían algun influjo y podrian haber asistido al santo perseguido, no hubo siquiera uno que le mostrase el menor afecto. Es factible que entonces sucediese lo que escribió poco despues, de que todos le habian abandonado; mas Dios le socorrió de un modo prodigioso amortiguando repentinamente el furor de Neron; y aunque el Apóstol no se vió libre de sus cadenas, evitó por esta vez la muerte que por instantes le amagaba, y durante un año entero, que duró todavía su prision, tuvo suficiente libertad para dar la última mano á la obra de Dios.

En este intermedio, segun afirman la mayor parte de los cronologistas, escribió la segunda Epístola á Timoteo, en la cual anuncia su cercana muerte y de un modo tan positivo que no puede dudarse que en breve se cumplió esta profecia. Despues de manifestarle la tranquilidad que conservaba en medio de sus cadenas y de todo lo que sufrió de parte de los falsos hermanos, no menos que de los gentiles, le exhorta á resistir las contradicciones y tentativas de los

(2) Crisost. Hom. 46. in Act. Apost.; Ambros. in Auzen.

(1) Véase Lactancio lib. 4. Divinar. Institut.